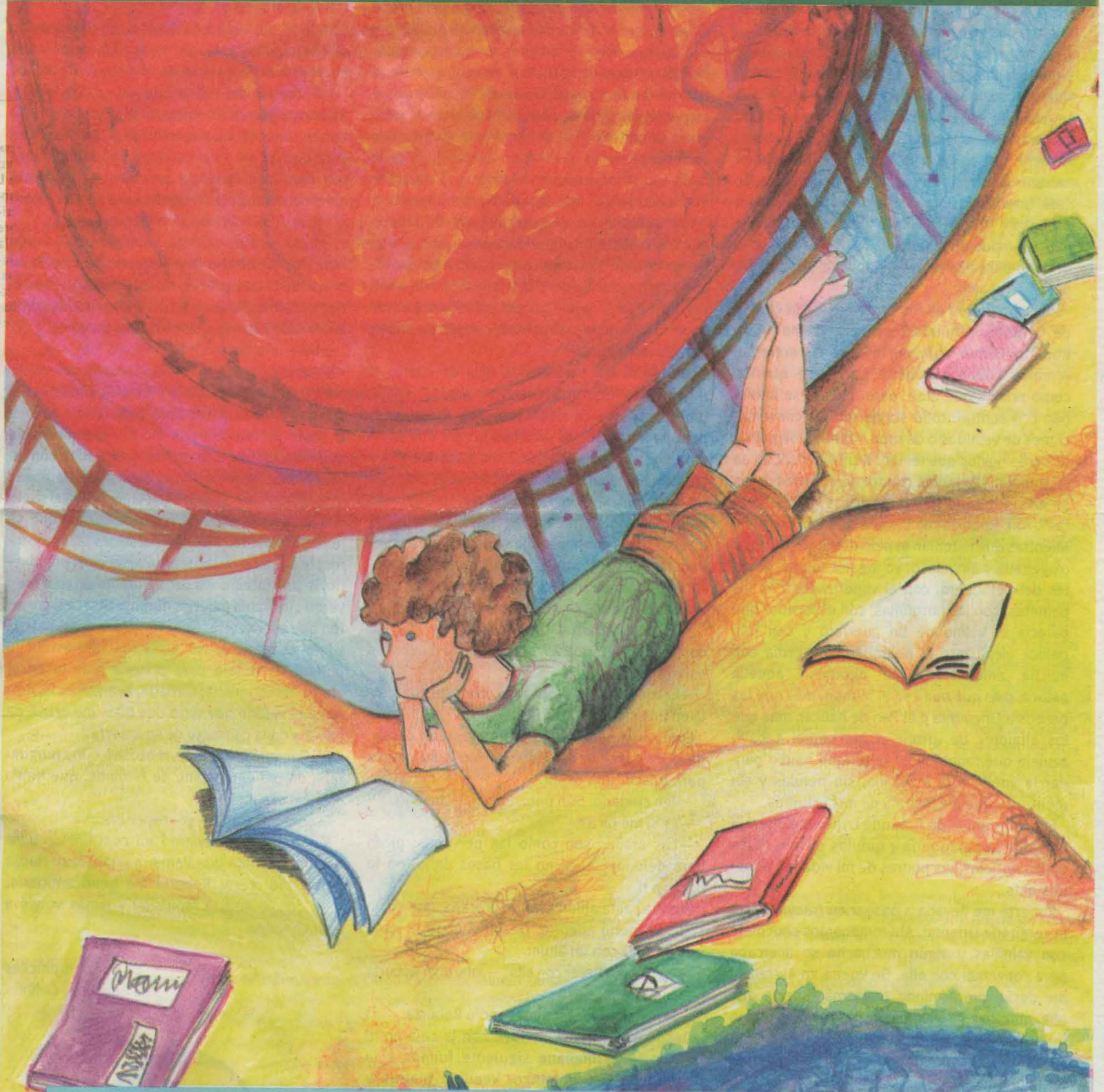


# Pasión por leer

LECTURAS PARA COMPARTIR



**Beatriz Sarlo** (escritora y crítica argentina)

Durante mi niñez, en vacaciones se leían los libros que se habían recibido de regalo, los que se pedían en préstamo o se encontraban casi por casualidad. Había un poco de todo, porque los padres no acertaban siempre, y las intuiciones infantiles tampoco. Pero cada uno de esos libros, de todos modos, era leído hasta el final. La idea de abandonarlo por la mitad resultaba una especie de insulto al objeto, a la persona que lo había traído, incluso a uno mismo, porque quizás uno fuera todavía indigno de ese libro.



H 0022637

Biblioteca Nacional de Lectura



## LA BODA DE SILVINA OCAMPO

Que una muchacha de la edad de Roberta se fijara en mí, saliera a pasear conmigo, me hiciera confidencias, era una dicha que ninguna de mis amigas tenía. Me dominaba y yo la quería no porque me comprara bombones o bolitas de vidrio o lápices de colores, sino porque me hablaba a veces como si yo fuera grande y a veces como si ella y yo fuéramos chicas de siete años.

Es misterioso el dominio que Roberta ejercía sobre mí: ella decía que yo adivinaba sus pensamientos, sus deseos. Tenía sed: yo le alcanzaba un vaso de agua, sin que me lo pidiera. Estaba acalorada: la abanicaba o le traía un pañuelo humedecido en agua de colonia. Tenía dolor de cabeza: le ofrecía una aspirina o una taza de café. Quería una flor: yo se la daba. Si me hubiera ordenado "Gabriela, tirate por la ventana" o "pon tu mano en las brasas" o "corre a las vías del tren para que el tren te aplaste", lo hubiera hecho en el acto.

Vivíamos todos en los arrabales de la ciudad de Córdoba. Arminda López era vecina mía y Roberta Carma vivía en la casa de enfrente. Arminda López y Roberta Carma se querían como primas que eran, pero a veces se hablaban con acritud: todo surgía por las conversaciones de vestidos o de ropa interior o de peinados o de novios que tenían. Nunca pensaban en su trabajo. A la media cuadra de nuestras casas se encontraba la peluquería "Las ondas bonitas". Ahí, Roberta me llevaba una vez por mes. Mientras que le teñían el pelo de rubio con agua oxigenada y amoníaco, yo jugaba con los guantes del peluquero, con el vaporizador, con las peinetas, con las horquillas, con el secador que parecía el yelmo de un guerrero y con una peluca vieja, que el peluquero me cedía con mucha amabilidad. Me agradaba aquella peluca, más que nada en el mundo, más que los paseos a Ongamira o al Pan de Azúcar, más que los alfajores de arrope o que aquel caballo azulejo que montaba en el terreno baldío para dar la vuelta a la manzana, sin riendas y sin montura y que me distraía de mis estudios.

El compromiso de Arminda López me distrajo más que la peluquería y que los paseos. Tuve malas noticias, las peores de mi vida, en aquellos días.

Roberta me llevaba a pasear en tranvía hasta la confitería Oriental. Ahí tomábamos chocolate con vainillas y algún muchacho se acercaba para conversar con ella. De vuelta en el tranvía me decía que Arminda tenía más suerte que ella, porque a los veinte años las mujeres tenían que enamorarse o tirarse al río.

—¿Qué río? —preguntaba yo, perturbada por las confidencias.

—No entiendes. Qué le vas a hacer. Eres muy pequeña.

—Cuando me case, me mandaré hacer un hermoso rodete —había dicho Arminda—, mi peinado llamará la atención.

Roberta reía y protestaba:

—Qué anticuada. Ya no se usan los rodetes.

—Estás equivocada. Se usan de nuevo —respondía Arminda—. Verás si no llamo la atención.

Los preparativos para la boda fueron largos y minuciosos. El traje de novia era suntuoso. Una puntilla de la abuela materna adornaba la bata, un encaje de la abuela paterna (para que no se resintiera) adornaba el tocado. La modista probó el vestido a Arminda cinco veces. Arrodillada y con la boca llena de alfileres la modista redondeaba el ruedo de la falda o agregaba pinzas al nacimiento de la bata. Cinco veces del brazo de su padre, Arminda cruzó el patio de la casa, entró en su dormitorio y se detuvo frente a un espejo para ver el efecto que hacían los pliegues de la falda con el movimiento de su paso. El peinado era tal vez lo que más le preocupaba a Arminda. Había soñado con él toda su vida. Se mandó hacer un rodete muy grande, aprovechando una trenza de pelo que le habían cortado a los quince años. Una redecilla dorada y muy fina, con perlititas, sostenía el rodete, que el peluquero exhibía ya en la peluquería. El peinado, según su padre, parecía una peluca.

La víspera del casamiento, el 2 de enero, el termómetro marcaba cuarenta grados. Hacía tanto calor que no necesitábamos mojarnos el pelo para peinarlo ni lavarnos la cara con agua para quitarnos la suciedad. Exhaustas Roberta y yo estábamos en el patio. Anochecía. El cielo, de un color gris de plomo, nos asustó. La tormenta se resolvió solo en relámpagos y avalanchas de insectos. Una enorme araña se detuvo en la enredadera del patio: me pareció que nos miraba. Tomé el palo de una escoba para matarla, pero me detuve no sé por qué. Roberta exclamó:

—Es la esperanza. Una señora francesa me contó una vez que la araña por la noche es esperanza.

—Entonces, si es esperanza, vamos a guardarla en una cajita. —Le dije.

Como una sonámbula porque estaba cansada y es muy buena, Roberta fue a su cuarto para buscar una cajita.

—Ten cuidado. Son ponzoñosas —me dijo.

—¿Y si me pica?

—Las arañas son como las personas: pican para defenderse. Si no les haces daño, no te harán a ti.

Puse la cajita abierta frente la araña, que de un salto se metió adentro. Después cerré la tapa, que perforé con un alfiler.

—¿Qué vas a hacer con ella? —interrogó Roberta.

—Guardarla.

—No la pierdas —me respondió Roberta.

Desde ese minuto, anduve con la caja en el bolsillo. A la mañana siguiente fuimos a la peluquería. Era domingo. Vendían matras y flores en la calle. Esos colores alegres parecían festejar la proximidad de la boda. Tuvimos que esperar al peluquero, que fue a misa, mientras Roberta tenía la cabeza bajo el secador.

—Pareces un guerrero —le grité.

Ella no me oyó y siguió leyendo su libro de misa. Entonces se me ocurrió jugar con el rodete

de Arminda, que estaba a mi alcance. Retiré las horquillas que sostenían el rodete completo dentro de la preciosa redecilla. Se me antojó que Roberta me miraba, pero era tan distraída que veía sólo el vacío, mirando fijamente a alguien.

—¿Pongo la araña adentro? —interrogué mostrándole el rodete.

El ruido del secador eléctrico seguramente no dejaba oír mi voz. No me respondió, pero inclinó la cabeza como si asintiera. Abrí la caja, la volqué en el interior del rodete, donde cayó la araña. Rápidamente volví a enroscar el pelo y a colocar la fina redecilla que lo envolvía y las horquillas para que no me sorprendieran. Sin duda lo hice con habilidad, pues el peluquero no advirtió ninguna anomalía en aquella obra de arte, como él mismo denominaba el rodete de la novia.

—Todo será un secreto entre nosotras —dijo Roberta, al salir de la peluquería, torciendo mi brazo hasta que grité. Yo no recordaba qué secretos me había dicho aquel día y le respondí, como había oído hacerlo a las personas mayores:

—Seré una tumba.

Roberta se puso un vestido amarillo con volantes y yo un vestido blanco plumetís, almidonado, con un entredós de broderie. En la iglesia no miré al novio porque Roberta me dijo que no había que mirarlo. La novia estaba muy bonita con un velo blanco lleno de flores de azahar. De pálida que estaba parecía un ángel. Luego cayó al suelo inanimada. De lejos parecía una cortina que se hubiera soltado. Muchas personas la socorrieron, la abanicaron, buscaron agua en el presbiterio, le palmotearon la cara. Durante un rato creyeron que había muerto; durante otro rato creyeron que estaba viva. La llevaron a la casa, helada como el mármol. No quisieron desvestirla ni quitarle el rodete para ponerla muerta en el ataúd. Tímidamente, turbada, avergonzada, durante el velorio que duró dos días, me acusé de haber sido la causante de su muerte.

—¿Con qué la mataste, mocosa? —me preguntaba un pariente lejano de Arminda, que bebía café sin cesar.

—Con una araña —yo respondía.

Mis padres sostuvieron un conciliábulo para decidir si tenían que llamar a un médico. Nadie jamás me creyó. Roberta me tomó antipatía, creo que le inspiré repulsión y jamás volvió a salir conmigo.

En Cuentos difíciles  
de Ediciones Colihue





# EL LIBRO PERDIDO DE JORGE LUIS BORGES

## DE MEMPO GIARDINELLI



Nunca conté esto antes, y ahora mismo no sabría explicar por qué. Creo que fue a fines de 1980, durante un vuelo entre la Ciudad de México y Nueva York. En el mismo avión viajaba Jorge Luis Borges, aunque él lo hacía en primera clase, por supuesto. En algún momento me atreví y le pedí a la comisario de a bordo que me permitiera sentar al lado de él durante unos minutos. Accedió con esa proverbial simpatía de las mexicanas, y hasta me convidó una copa de vino.

Borges tenía los ojos cerrados y sobre su falda descansaba una carpeta de cuerina color obispo. Parecía rezar, aunque tratándose de él uno debía suponer que estaba componiendo o recitando un poema. Fue muy amable conmigo y cuando me presenté como compatriota dijo, sonriente:

—Quizás no sea casualidad que dos argentinos nos encontremos a tanta altura. Ya ve cómo nos cuesta tener los pies sobre la tierra.

Me preguntó en qué podía servirme y le respondí que simplemente no quería dejar pasar la ocasión de saludarlo y le conté, brevemente, que acababa de publicar un cuento titulado "La entrevista" en el que yo imaginaba que él, Borges, llegaba a los 130 años de edad sin ganar el Premio Nóbel y un editor norteamericano de voz meliflua me encargaba a mí, para entonces un viejo cronista jubilado de ochenta y pico de años, que lo entrevistara.

Naturalmente, Borges no se interesó por mi ficción, pero sí inquirió acerca de mi interés en él: quiso saber qué obras yo había leído, o cuáles conocía, al menos. Me di cuenta que le importaba distinguir a un cholulo de un lector, de modo que le conté que lo había leído completamente gracias a un torneo de ajedrez entre escritores. Sin dudas lo halagué y desperté su curiosidad. Entonces le referí la breve historia de mis años de trabajo en la vieja Editorial Abril, donde además de una excelente escuela de periodistas había decenas de buenos poetas y narradores y casi todos jugaban bastante bien al ajedrez. Mencioné, por supuesto, a muchas distinguidas plumas de entonces, comienzos de los '70. Comenté que todos los habían leído y querían ganar el premio que la editorial había dispuesto para el campeonato de aquel grave año de 1975: sus Obras Completas. Pero quiso el azar (le dije, sabedor de que le encantaría tal atribución) que campeonato y premio los ganara yo, que era un jovencito infatuado que por entonces privilegiaba a la Revolución por sobre la Literatura y que no lo había leído por puros prejuicios juveniles.

—Quizá usted tenía razón —me reconvino—. Fue el año en que yo dije que Pinochet y Videla eran dos caballeros. Un desatino del que hoy me avergüenzo.

De todos modos, era imperdonable que siendo yo entonces un joven aspirante a narrador no lo tuviese leído y bien leído, así que le conté que de inmediato había subsanado mi falta y le manifesté mis preferencias. En un momento él me interrumpió para pedirme que por favor no fuera tan superlativo, y finalmente le confesé que me llamaba mucho la atención su insistencia en mencionar textos inencontrables como el *Nekronomikon*, la Primera Enciclopedia de Tlön, El acercamiento a Almotásim, las obras de Herbert Quain tales como *El Dios del Laberinto*, *Abril Marzo*, *El Espejo Secreto*, etc., y sus menciones de otros autores que solía nombrar como Joahn Valentin Andre, Mir Bahadur Ali, Julius Barlach, Silas Haslam, Jaromir Hladik, Nils Runeberg, el chino T'sui Pen, Marcel Yarmolinsky, las confesiones de Meadows Taylor o las según él siempre oscuras, incomprensibles ideas filosóficas de Robert Fludd.

Borges se rió de buena gana y me dijo, enigmáticamente:

—De todos esos libros, sólo uno es verdadero. Y lo tengo escrito.

Sólo atiné a mirarlo fijamente, encandilado por ese hombre delicado y magro cuya ceguera miraba mejor que nadie el infinito vacío que había del otro lado de las ventanillas, mientras acariciaba rutinariamente la empuñadura de su bastón.

Él advirtió la densidad de mi silencio.

—Más aún: tengo aquí un borrador —dijo suavemente, casi un susurro— ¿Quiere echarle una ojeada?

Me emocioné, diría, hasta el borde mismo del llanto. Le dije que por supuesto, le agradecí el gesto disimulando ineficazmente mi ansiedad, y cuando me tendió la carpeta de cuerina color obispo yo regresé a mi asiento en la clase turista, en el fondo del avión, y me sumergí en la lectura.

El texto llevaba un extraño, borgeano título que sinceramente no recuerdo con exactitud. Tonto de mí, creo confusamente que era *El irregular Judas* o algo así. Era una novela, o lo que yo supongo que debía haber sido la novela de Borges, mecanografiada por alguien a quien él le habría dictado. La trama era sencilla: Egon Christensen, un ingeniero danés, de Copenhague, llegaba a Buenos Aires en 1942 como jefe de máquinas de un carguero cuyo capitán no se atrevía a partir por temor a ser hundidos por los acorazados alemanes que infestaban el Atlántico Sur. Egon se radicaba cerca de La Plata, reválidaba su título de ingeniero y marchaba a Jujuy, conchabado por el ingenio Ledesma. Su pasión era el ajedrez, admiraba a Max Euwe, y en Jujuy vivía una peripecia amorosa y otra deportiva, ambas colmadas de paradojas.

Lo extraordinario, desde luego era su prosa, la infinita rigurosidad de vocablos, el armado preciso y despojado de la secuencia exponencial, una inevitable mención a Adolfo Bioy Casares, la retórica perfecta y sobre todo la erudición, que dejaba perplejo al privilegiado lector que yo era.

Cuando terminé, temblando de emoción y agradecimiento, le llevé la carpeta de regreso. Borges dormía, con la cabeza inclinada sobre un hombro como un capullo de algodón quebrado. Me pareció inconveniente despertarlo, y además estaba tan impresionado que sólo iba a ser capaz de decirle tonterías. Preferí depositar suavemente la carpeta sobre su regazo.

Cuando llegamos al Aeropuerto Kennedy, a él lo recibió un montón de gente que subió al avión (editores o embajadores, supongo) y vi cómo se lo llevaban de prisa a un salón Vip.

Al cruzar Migraciones vi también, y con espanto, que la misma carpeta de cuerina color obispo estaba en manos de un hombre muy alto, rubio, de inconfundible aspecto escandinavo. Me pareció haberlo visto en la primera clase, pero no estaba seguro y era ya un dato irrelevante: lo evidente era que le había robado el manuscrito a Borges.

Me alarmé y dudé si denunciarlo a los gritos o correr hacia el hombre para rescatar la carpeta puesto que ya no podía avisarle a Borges ni a quienes lo acompañaban. El oficial de migración me dijo no sé qué cosa y en el segundo siguiente perdí de vista al danés, porque era un danés, sin dudas. Sentí un extraño pánico que me duró todo ese día y los que siguieron. Leí con angustia los diarios de toda esa semana, esperando encontrar una denuncia, el reclamo de Borges o sus representantes. Pensé incluso que él podría acusarme de semejante atropello.

Nada. No sucedió nada y, que yo sepa, él jamás pronunció una palabra sobre el episodio. Y yo no volví a verlo hasta una noche de 1985, ya en el desexilio, cuando de la Editorial Sudamericana me invitaron a una charla de Borges sobre un libro de viajes que había escrito con María Kodama. Fui con la intención de preguntarle acerca de aquella carpeta de cuerina color obispo. Pero en un momento, ante la primera pregunta del público, él contó que una vez, durante un viaje en avión, había soñado con un tipo que se le acercaba desde la clase turista y al que él engañaba entregándole un texto apócrifo que aquel hombre jamás le devolvía.

Decidí callar, por supuesto. Borges falleció tiempo después, como todo el mundo sabe, en Ginebra.

En Estación Coghlan y otros cuentos  
de Ediciones B



# Infantiles

## A la lata, al latero

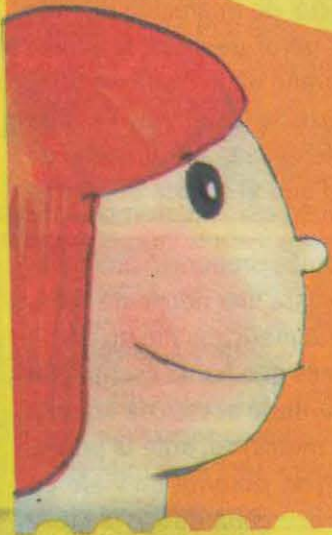
Canción Tradicional

A la lata, al latero,  
a la chica del chocolatero.  
A la a, a la a,  
Mariquita no sabe planchar.  
A la e, a la e,  
Mariquita no sabe barrer.  
A la i, a la i,  
Mariquita no sabe mentir.  
A la o, a la o,  
Mariquita no tiene reloj.  
A la u, a la u,  
¡Mariquita vió un ñandú!

## Adivina, adivinator

Sin mí no está el señor  
y vivo en medio del año.  
Entre niños siempre estoy  
y en la puerta de un castaño.

La letra N



## Las palomas de San Pedro

de Laura Devetach

Esto pasó en Mar del Plata, quizás alrededor de 1950. Yo me enteré en 1979. Pero también hubiéramos podido no enterarnos nunca.

Me contaron que el agua palmoteaba sobre la arena chaas, chaas, ola tras ola igual que ahora. Dicen también que antes se escuchaba mucho más el aplauso del agua y las rocas. Cuentan las liebres que por aquellos años podían correr libremente en los terrenos cercanos a la playa. Y las vizcachas dicen que galopar por sus túneles, como toda vizcacha como la gente, era cosa común. Los cuises también tienen sus verdes recuerdos de lechugas que crecían más para ellos que para los dueños de casa. Y las palomas, tornasoladas como el agua, también tienen para contar historias de aleros y nidos y halcones.

Pero dicen las liebres que todo empezó a cambiar cuando limpiaron los terrenos cercanos a las playas para que la gente fuera a bañarse. No quedó ni un plumerito de pasto que sirviera de biombo a un sapo.

Y las vizcachas cuentan que las corrieron con humo. Los cuises tienen tanta furia que prefieren volverse de cola y ni hablar. Y las palomas, más memoriosas, más pausadas, dicen que su desgracia empezó con la propiedad horizontal.

—Tras, tras —arrulla una paloma metálica con ojitos de una chinche.— Tras, tras, hacían las piquetas en los aleros. Y no sé por qué tenían que empezar por los aleros. Nos demolieron todos los nidos y después las casas en las que estaban los nidos, los pastos que rodeaban las casas y las ramitas y los árboles. No quedó ni una pajita del tamaño de un pico de paloma.

—Y empezaron a crecer en Mar del Plata los edificios como hongos —dijo otra paloma buchona que también tenía algo de metal, no sé si en el color o en su manera de mirar la vida—. Eran hongos como cajitas apiladas, con muchas ventanas. Nosotras nos fuimos todas a la iglesia de San Pedro, que estaba a medio hacer. Todo el mundo construía cosas duras. Eran tiempos difíciles.

¿Qué hace una paloma cuando no encuentra un pastito para hacer su nido?

Al parecer las palomas buscaron, se afanaron, inventaron, tejieron de a poquito nuevos nidos sobre una viga altísima de la iglesia. Alto, muy alto para estar —aunque más no fuera eso— más cerca del sol cuando salía por las mañanas.

Un día, un arquitecto curioso, husmeando por esas alturas, encontró uno de aquellos nidos. Estaba enteramente tejido con alambres y clavos, dulcemente puntiagudo, tibiamente blindado, como un nido que se hace porque no se sabe qué hacer. Para poder seguir siendo paloma en un lugar en el que de pronto desaparecieron todas las pajitas.

Por eso las palomas de la iglesia de San Pedro arrullan un arrullo muy particular que podría decir así:

Las palomas de San Pedro,  
tejen clavos, tejen hierro...

En Cuentos que no son cuento  
publicado por Libros del Quirquincho.

Ilustraciones de tapa e interior: Rocio Arozanera \* Compiladora: Margarita Eggers Lan

